

La nueva Eurasia: actores y dinámicas*

Luis Francisco Martínez Montes**



I. EL RETORNO DE EURASIA

Crisis de Europa y retorno de Eurasia

«*España es el problema y Europa la solución*». El célebre *dictum* de José Ortega y Gasset inspiró el pensamiento y la acción de varias generaciones de españoles a lo largo del pasado siglo. Fue, también, uno de los presupuestos sobre los que se construyó el consenso que guiara desde la Transición el vector principal de la política exterior española: la inserción de España en el proyecto de integración ahora encarnado en la Unión Europea (UE).

Aunque lejos de haber fenecido, como proclaman con mal disimulada delectación ciertos medios euróforos, ese proceso ha venido atravesando durante los últimos años una profunda

crisis. Una crisis que presenta tres manifestaciones sincrónicas: político-institucional (debida, sobre todo, aunque no únicamente, al rechazo en 2005 del proyecto de Tratado constitucional en Francia y en los Países Bajos); geopolítica (divisiones todavía latentes entre la «vieja» y la «nueva» Europa y reaparición de proyectos hegemónicos de las grandes potencias, actuando ya sea en solitario o en concierto) y económica (creciente conciencia de la dependencia energética; dificultades para competir con un modelo propio frente a los polos de crecimiento representados por el mundo anglosajón y por Asia Oriental...). La confluencia de estas tres crisis hace que la UE pueda ser percibida como demasiado grande y ajena para gestionar los problemas diarios de los ciudadanos y relativamente pequeña y,

* Este artículo forma parte del libro *Asia Central y la seguridad energética global. Nuevos actores y dinámicas en Euroasia*, editado por la Fundación CIDOB. Autorizada su reproducción.

** Consejero de la representación permanente de España ante la OSCE, Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.

sobre todo, dividida, para hacer frente a los grandes desafíos globales.

En la situación actual, y sin riesgo de caer en exageraciones, podría darse la vuelta a la frase de Ortega y afirmarse que, de solución, Europa habría pasado a convertirse en problema. Sería demasiado fácil atribuir la naturaleza problemática de Europa a las sucesivas ampliaciones o incurrir, una vez más, en el recurso de achacar sus males a la distancia entre una élite de eurócratas y unos ciudadanos a los que no se ha sabido, o querido, explicar el sentido y alcance de un proceso supranacional muchas veces interpretado como amenaza a las identidades pre-existentes en los estados nación. Peor sería aún entrar en el terreno de la demagogia, siempre dispuesta a hacer recaer nuestras carencias en el otro, en este caso en el inmigrante o en quien es visto como extraño o ajeno. Desafortunadamente, encontramos, en distintos grados, ejemplos de estas pseudo-racionalizaciones en casi todos los países de la Unión con el riesgo, no sólo en los estados con más reciente o redescubierta tradición democrática, de rupturas en el tejido de la convivencia social.

Precisamente, en el año de la conmemoración del quincuagésimo aniversario de los Tratados de Roma, ésta es la poco halagüeña circunstancia en que nos encontramos y ante la que no cabe cerrar los ojos. Es cierto que el pesimista diagnóstico anterior puede ser contradicho por futuros acontecimientos¹ y

ha de ser moderado con referencia a los considerables logros alcanzados, pese a todas las dificultades, en los últimos cincuenta años. Se suele repetir que Europa avanza a impulsos de crisis recurrentes y siempre sale reforzada de las mismas. Una combinación de crecimiento sostenido y recuperación del liderazgo en los países denominados centrales podría operar de nuevo el milagro. O, en el peor de los casos, siempre queda acudir al tópico del ciclista y su mecánico pedaleo: mientras se sucedan las cumbres

tenido lugar la elección de Nicolas Sarkozy a la presidencia de Francia y el anuncio de una fecha para la retirada de Tony Blair en Gran Bretaña. Los comentaristas comienzan a hablar de un posible eje Londres (Gordon Brown)-París (Sarkozy)-Berlín (Angela Merkel) para el relanzamiento de un «minitratado» o «tratado simplificado» que permita salir del actual impase a la UE y, al tiempo, ayude a recomponer las maltrechas relaciones transatlánticas. Es demasiado prematuro aventurar una opinión al respecto, pero es dudoso que más o menos efímeras afinidades personales sujetas a los vaivenes de los cielos electorales en cada país puedan remediar las tensiones estructurales que afectan al proceso de integración y, sobre todo, superar las contradicciones inherentes a las respectivas tradiciones geopolíticas redivivas durante las últimas décadas. Es más, lejos de ser la solución, la formación de «conciertos» o «ejes» exclusivos, cualquiera que fuere su composición, sólo puede devolvernos a tiempos pasados de no muy grata memoria. Con todo, la prudencia exige seguir con máxima atención los avatares de este retorno a la vieja diplomacia con el fin de prevenir y reaccionar ante posibles intentos de aislar o subordinar a países no tenidos por centrales, como es el caso de España.

¹ En el momento, finales de mayo de 2007, de enviar este ensayo a la editorial han

y reuniones periódicas y no retrocedan las libertades que conforman el mercado interior seguiremos avanzando, aunque sea por inercia². Ahora bien, el riesgo de esta concepción pasivamente optimista de las capacidades de la Unión ya sea, en versión minimalista, para perpetuarse en una burocrática rutina o para terminar encontrando, en la versión federalista, energías internas con las que impulsar el proceso político hacia una Unión cada vez más estrecha, es que la misma ignora el cambio cualitativo esencial en que se desenvuelve la actual crisis europea, siendo ésta radicalmente distinta, tanto en sus causas como en sus actuales y potenciales consecuencias, a otras por las que hemos atravesado en el pasado. Nos referimos a la superación de la Europa limitada a la Unión Europea como unidad inteligible de pensamiento y acción ante la aparición de una realidad emergente: Eurasia. Y ello dentro de una más amplia reordenación del sistema internacional provocada por la confluencia –impulsada por el fin de la Guerra Fría– de las dos principales fuerzas que constituyen la fábrica de nuestro mundo: la geopolítica –la competencia por el dominio del espacio, en sus múltiples manifestaciones, y de sus

recursos– y la globalización, la superación de ese mismo espacio físico por medio de flujos continuos de capital e información, estructurados en redes sin aparente centro ni jerarquía.

La emergencia de Eurasia

¿Qué significa e implica la definición de Eurasia como «realidad emergente», una realidad que engloba y, al tiempo, supera nuestra tradicional y limitada concepción de Europa? Comencemos por intentar aclarar el concepto de «emergencia», que tomamos prestado de la moderna filosofía de la ciencia. En este ámbito epistemológico, por emergencia se entiende la aparición repentina o inesperada de una propiedad perteneciente a un nivel de organización «superior» (por ejemplo, los procesos mentales), a partir de una propiedad perteneciente a un nivel de organización «inferior» (por ejemplo, las conexiones neuronales)³. Desde este punto de vista,

² Una excelente visión de las vicisitudes del proceso de integración escrita desde su misma sala de máquinas –la Comisión Europea– con sus altos y bajos, éxitos y fracasos, honores y servidumbres es la ofrecida, desde la perspectiva a un tiempo de los intereses españoles y comunitarios, por Ángel Viñas (Viñas, 2005).

³ Una de las grandes deficiencias de las humanidades, aun en su variante pretendidamente más «dura» de las ciencias sociales (entre las que se cuenta la supuesta ciencia de las Relaciones Internacionales), es su casi esdrúscula impermeabilidad antes los avances que en las últimas décadas han revolucionado las ciencias físicas y naturales. Parte de dicha revolución se ha debido precisamente a la casi simultánea emergencia y convergencia de disciplinas basadas en conceptos, hipótesis y teorías «puente» que permiten enlazar nuestros hasta ahora dispersos y muy especializados conocimientos sobre la realidad. Uno de dichos conceptos «puente»

el concepto de «emergencia» presupone la división de la realidad en niveles jerárquicamente estructurados, siendo la emergencia el proceso por el cual las propiedades iniciales de un objeto o conjunto de objetos se transforman en propiedades cualitativamente distintas y no reducibles a las previamente existentes. En palabras de Mario Bunge: «*la emergencia tiene lugar cada que vez que surge algo cualitativamente nuevo, como cuando nace una molécula, una estrella, una bioespecie, una empresa o una ciencia. Y su resultado es un objeto nuevo y complejo, que posee propiedades que se hallan ausentes en sus componentes o precursores*» (Bunge, 2003).

Aplicando la anterior definición a nuestro propósito, podemos distinguir dos sentidos –cada uno relativo a un nivel distinto, aunque interdependiente, de organización– en el concepto de Eurasia, entendiéndolo que éste se refiere a una porción del universo material y no es un mero ente de razón.

a) En primer lugar, *Eurasia como realidad de la geográfica física*, es decir, como un macro-continente que se

es, precisamente, el de «emergencia». Para una más completa visión sobre su alcance y ramificaciones en múltiples comunidades epistemológicas véanse las obras de Mario Bunge (2003 y 2007). Asimismo, puede resultar de interés la lectura del monográfico consagrado a la «emergencia» por la revista especializada *Science et Avenir* en su número 143 (Julio/Agosto de 2005) con el título genérico de «L'énigme de l'émergence».

extiende desde los confines occidentales de Europa hasta el extremo oriental de Asia. Eurasia aparece así conformada por un conjunto de ecúmenes interrelacionadas por vínculos y leyes propios del mundo natural. Conviene, además, señalar que, a un mayor nivel de precisión analítica, Eurasia no es tan sólo ese mega-continente resultado de la combinación de piezas en apariencia heterogéneas, sino una unidad básica, o placa litosférica mayor en términos geológicos, de la corteza terrestre. Este recordatorio es necesario porque, gracias a los avances de las Ciencias de la Tierra, sabemos que el concepto tradicional de «continente» desde hace tiempo está en plena revisión, sobre todo en lo concerniente a la clásica división de la superficie terrestre en siete continentes prácticamente estacionarios, independientes y separados por masas oceánicas. Hoy prima, por el contrario, una visión de la Tierra entendida como sistema complejo, dinámico e interdependiente en el que las unidades esenciales subyacentes en el nivel de la corteza terrestre son, precisamente, las placas litosféricas y su milenario deslizamiento sobre el magma deluciescente que compone el interior de nuestro planeta. De hecho, la denominada «placa euroasiática», cuyos contornos vienen a coincidir en lo esencial con el espacio geopolítico euroasiático tal y como se entiende en este ensayo (ver *infra*), es una de las siete principales reconocidas por las más recientes investigaciones. Esas siete placas, que no coinciden necesariamen-

te con la prevaleciente división de la superficie terrestre en siete continentes, son: norteamericana, sudamericana, del Pacífico, africana, euroasiática, austro-índica y de la Antártida (Tarbuck y Lutgens, 2000). Por lo demás, el reconocimiento de Eurasia como categoría geográfica cuenta con una venerable genealogía. El descubrimiento de su intrínseca unidad física se produjo ya a finales del siglo XIX, cuando Eduard Suess definió Eurasia como la entidad «*que resulta de la masa reunida de tres continentes –Asia, Europa y África– cuando se resta Indo-África*»⁴.

b) En segundo lugar, *Eurasia como realidad política internacional (geopolítica)*, es decir, como un sistema donde, por medio de vínculos de intensidad variable, interaccionan, cooperan y compiten por el poder comunidades políticas de naturaleza diversa: estados premodernos y modernos; entes supranacionales o postmodernos (como la propia UE); organizaciones de cooperación/integración económica, comercial, cultural o de seguridad... Y es aquí, en este segundo nivel, donde tiene pleno sentido hablar de «emergencia» en el contexto en que venimos haciéndolo, por cuanto Eurasia es un todo superior

y cualitativamente distinto a la suma de sus componentes particulares. Es más, como afirmábamos en el epígrafe anterior, la aparición de ese todo está alterando de forma sustancial el equilibrio tanto entre sus elementos integrantes como en el interior de los mismos. Ahora puede mejor entenderse nuestra afirmación de que la actual crisis de la Unión Europea es tan sólo auténticamente inteligible desde la perspectiva proporcionada por la emergencia de Eurasia. Una emergencia que, como ocurre con fenómenos similares, implica verdaderamente una transformación cualitativa que da origen a lo nuevo a partir de lo viejo. Pues Eurasia, además de una firme realidad geológica subyacente, ha constituido una unidad geopolítica preexistente y superior a Europa durante la mayor parte del devenir de la humanidad, como ya supo entrever Herodoto al narrar las luchas entre griegos y persas en sus *Nueve libros de la Historia* (Herodoto, 1998). Es tan sólo a partir de la Edad Media cuando, sobre la identidad de una Cristiandad Occidental opuesta al Islam; en competencia con el Oriente ortodoxo y casi ignara respecto al Extremo Oriente, se erigen barreras en apariencia infranqueables entre sus unidades constitutivas antes de que una de ellas, la Europa occidental y atlántica, se lanzara a una expansión universal en el transcurso de la cual la propia Eurasia fue convertida en terreno de confrontación hasta culminar –tras las dos grandes conflagraciones mundiales que tuvieron, no por casualidad,

⁴ Eduard Suess fue uno de los padres de la tectónica de placas. La cita aparece recogida en Şengör (1999). Similares avances en el estudio de la distribución de las especies biológicas vinieron a corroborar desde la perspectiva de las Ciencias de la Vida la misma conclusión a la que había llegado la Geología respecto a la continuidad del espacio euroasiático.

al macrocontinente como principal escenario— en su división en esferas de influencia estancas dominadas respectivamente por Washington y Moscú.

Situada muy brevemente la Eurasia geopolítica en escorzo histórico, el siguiente paso en nuestro análisis consistirá en identificar cuáles son los principales actores y dinámicas que están contribuyendo a su (re)emergencia y cómo dichos actores están reaccionando ante las nuevas condiciones en que han de desenvolverse. Sólo entonces estaremos en disposición de pasar del ámbito descriptivo al prescriptivo y ofrecer en la conclusión alguna breve sugerencia, pendiente de una más profunda reflexión, acerca de cómo España, sin abandonar su necesaria inserción en el proyecto de integración encarnado por la UE —en el que, sin embargo, por mera prudencia, no deberían depositarse todas nuestras esperanzas—, podría responder a un cambio tan sustancial de circunstancias.

2. EURASIA: LOS PRINCIPALES ACTORES Y DINÁMICAS

Comencemos, por tanto, por la identificación de los mayores actores del ámbito geopolítico emergente que es Eurasia englobándolos en subsistemas, o subregiones, de todavía inciertos contornos a menudo solapados y cambiantes. Sobreponiendo a un mapa meramente geográfico ese otro mapa geopolítico, dichos subsistemas son los siguientes, de oeste a este: La *Unión Europea* y sus

principales estados; la *Europa Sudoriental* todavía no integrada en la UE; la *Europa Oriental* tampoco acogida en la UE y sujeta de una forma u otra, como el conjunto del espacio postsoviético, a la fuerza gravitacional de Rusia (Bielarús, Ucrania y Moldova), aunque también es atraída, en distintos grados, hacia la órbita europeo-occidental; la propia *Rusia*; el *Cáucaso Meridional* (Georgia, Armenia y Azerbaidzhán); *Eurasia Interior/Asia Central*⁵ (en donde se entrecruzan total o parcialmente: la propia Rusia y Europa Oriental; el Cáucaso; parte de Medio Oriente, incluyendo las regiones orientales y septentrionales de Turquía e Irán⁶; las cinco repúblicas centroasiáticas desgajadas de la antigua Unión Soviética y, en su entorno inmediato, las provincias occidentales de China, más Mongolia); *partes de Asia Meridional* (donde convencionalmente se sitúan Afganistán y Pakistán más la histórica conexión de la India con Asia

⁵ Sobre el concepto de Eurasia Interior, de amplio predicamento en los medios académicos anglosajones, véase Christian (1998). En un sentido limitador, algunos autores prefieren confinar el término Eurasia al espacio que en este ensayo se identifica con Eurasia Interior; véase Ieda (2004).

⁶ Seguimos a Martínez Carreras en su distinción entre Próximo Oriente —región geográfica de Asia sudoccidental integrada en su núcleo central por los países árabes— y el Medio Oriente —países musulmanes no árabes de la misma región, como Irán y Turquía—, si bien no podemos aceptar incluir en esta última categoría a Afganistán, como sí lo hace el autor (Martínez Carreras, 1991).

Oriental y con Asia Central, en este último caso a través de la dinastía mogol, de origen timúrida. Todo lo cual está dando lugar en la planificación de los estrategas angloamericanos al interesado concepto de Gran Asia Central por el que se pretende privilegiar los lazos de las repúblicas de Asia Central con Asia Meridional) y *Asia Oriental* (con China, la dividida península coreana y Japón como principales jugadores). Además de los anteriores, hemos de contar, por obvias razones, a los *Estados Unidos* como actor extrarregional, pero con influencia que va de lo condicionante a lo determinante en el ámbito concernido.

De la mera enumeración anterior se desprende que nos encontramos ante actores de muy distinta naturaleza y muy desigual nivel de intensidad en sus múltiples interrelaciones de geometría variable, lo que permite, como hemos visto, identificar varios subsistemas en el macrosistema emergente euroasiático. Cada uno de los subsistemas se caracteriza por presentar vínculos más o menos formalizados *ad intra* (conformando una «endoestructura» propia) y *ad extra* (con otros subsistemas y actores del macrosistema euroasiático, configurando lo que denominaremos como «mesoestructura»). A su vez, tanto cada uno de los subsistemas como el sistema euroasiático en su totalidad se relacionan con un entorno global («exoestructura»), donde, como hemos avanzado, las principales fuerzas son las de la geopolítica y las de la globalización.

Pasemos ahora, de acuerdo con el plan previsto, a presentar y analizar

en sus principales variables internas y externas la conexión de los distintos actores incardinados en sus respectivos subsistemas con la totalidad de Eurasia y, en la medida de lo posible, con ese entorno global que conforma, por emplear una expresión cara a nuestros clásicos, el Nuevo Teatro del Mundo. Por razones de espacio, y a expensas de un futuro análisis del ámbito euroasiático en mayor detalle, nos centraremos en el presente ensayo tan sólo en los actores mayores de Eurasia Occidental, Interior y Oriental, considerando como tales, respectivamente: la Unión Europea y sus principales estados, a los que sumaremos los Estados Unidos como parte de un subsistema más amplio en plena mutación: el Occidente euroatlántico; Rusia/Eurasia Interior y China/Eurasia Oriental.

Eurasia Occidental: la Unión Europea, sus principales estados... y los Estados Unidos

La razón por la cual incluimos en un mismo subsistema a una organización supranacional –la UE– junto con varios estados tradicionales a ambas orillas del Atlántico se debe a que todos ellos⁷ han venido formando parte durante el último medio siglo de una misma solidaridad de intereses y acción

⁷ Como es obvio, no nos referimos aquí a los países que antes formaban parte del bloque soviético y sólo recientemente se han incorporado a la Unión en el transcurso de sus sucesivas ampliaciones.

asentada sobre, al menos en apariencia, sólidos lazos políticos, sociológicos, económicos y culturales. Esta solidaridad alcanzó durante los momentos álgidos de la Guerra Fría la forma de una comunidad euroatlántica con dos pilares: el dominante de los Estados Unidos (conformando, a través de su «relación especial» con el Reino Unido, un subsistema «angloamericano») y el subordinado, aunque con ciertos márgenes de autonomía, compuesto por las naciones de Europa Occidental partícipes de un proyecto de integración común (con un protagonismo desde su inicio del eje franco-alemán, de incipiente orientación eurocontinental). Dicha comunidad euroatlántica era a su vez el núcleo duro de un agregado mayor conocido como «Mundo Occidental»⁸, contrapuesto, en la lógica bipolar de la época, al «Mundo Comunista» cuyo centro, con permiso del Pekín maoísta, se encontraba en Moscú. Durante ese período, coincidente con la partición de Eurasia en dos bloques irreconciliables, uno de los objetivos mayores de la comunidad euroatlántica

fue, precisamente, evitar la formación de una Eurasia unida bajo dominación comunista. Para ello era necesario, en la particular estrategia angloamericana, prevenir, limitar o manipular cualquier veleidad de las antiguas potencias europeas continentales como Francia –a través del «gaullismo»– o la República Federal Alemana –por medio de la «*Ostpolitik*»– por intentar resucitar sus vínculos con los países al otro lado del Telón de Acero y, sobre todo, con la Rusia soviética.

Sin embargo, los intentos para mantener dividida Eurasia por parte de los estrategas angloamericanos⁹ comenzaron curiosamente a tambalearse desde el momento en que el bloque soviético culminó su desintegración. Desapareció así el principal justificante que había permitido mantener congelados los anteriores proyectos alternativos de política exterior asentados sobre la consideración de Eurasia como un todo antes de su reparto en zonas de influencia dominadas por las dos superpotencias (más la República Popular China tras la escisión entre los «hermanos» comunistas a principios de los años sesenta). Más aún, el fin de la Guerra Fría y la posterior deriva de las relaciones internacionales han tenido como consecuencia adicional la generación de tensiones, aunque todavía sin riesgo inminente de ruptura, en el mismo centro neurálgico de la

⁸ Con sus derivadas medio y próximo-orientales (Israel más los países arábigo-musulmanes cooptados, aunque estos últimos nunca fueron admitidos como «occidentales») y en la Cuenca del Pacífico (Japón –archipiélago durante largo tiempo considerado el arquetípico «Occidente oriental»–, Corea del Sur, Filipinas y los firmantes del ANZUS, Tratado de Seguridad suscrito por Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos en 1951). Esta enumeración por sí misma demuestra que durante la Guerra Fría «Occidente» era un término ideológico y no geográfico.

⁹ Sobre los orígenes de la estrategia primero británica y luego «angloamericana» para mantener dividida Eurasia, véase Martínez Montes (2004).

comunidad euroatlántica heredada de la era bipolar. En resumidas cuentas, a medida que los vínculos dentro de esa comunidad se debilitan tienden a (re) aparecer lazos preexistentes o novedosos de cooperación/confrontación entre sus unidades constitutivas y, a su vez, entre éstas con las unidades pertenecientes a otros subsistemas del macrosistema euroasiático. Como veremos en un epígrafe posterior, lo mismo está sucediendo, incluso a una escala todavía mayor, en el seno del otro bloque, antaño homogéneo, estructurado en torno a la desaparecida URSS.

Tomando como referente dentro de la comunidad euroatlántica a la Unión Europea (endoestructura con vínculos hasta ahora fuertemente formalizados en un proyecto de naturaleza supranacional), encontramos que su maridaje (mesoestructura, en los términos de este ensayo) con el resto de Eurasia aparece condicionado en nuestros días por la crisis del proyecto de integración en las tres dimensiones referidas: institucional, geopolítica y económica. Como hemos mencionado más arriba, dicha crisis a su vez engarza con un entorno internacional (o exoestructura) resultado de los dramáticos cambios que acompañaron el fin de la bipolaridad. Entre esos cambios destacan, por su concatenación en el tiempo y mayor proximidad relativa al centro de gravedad europeo; la implosión de la Unión Soviética, la unificación alemana y la alteración de los equilibrios sobre los que había sido construido el entramado de relaciones con la otra orilla del At-

lántico (perífrasis con la que en realidad nos referimos al polo anglosajón de la comunidad euroatlántica). Esa alteración de la balanza, provocada por la enorme diferencia en magnitud entre uno de sus pesos —los Estados Unidos— y el resto, se manifiesta en nuestros días en una multiplicidad de fenómenos de gran alcance. De entre ellos, quizá el más llamativo, al calor de la última, por el momento, guerra de Iraq, ha sido el provocado por las divergencias aparecidas con tal ocasión en el seno de los aliados occidentales, simbolizadas en el discurso de la «nueva y vieja europas», la primera de orientación angloamericana y la segunda inclinada hacia el eje eurocontinental bajo el debilitado liderazgo de la entente francoalemana. Esta tensión ha motivado que terminen aflorando las contradicciones en el interior del modelo de Occidente que conocimos durante gran parte del pasado siglo. Contradicciones a su vez fuertemente enraizadas en históricos proyectos hegemónicos propios de las grandes potencias tradicionales, categoría emboscada durante la Guerra Fría pero que retorna con fuerza junto con la aparición de grandes potencias (re)emergentes en el corazón y en el extremo oriental de Eurasia.

En otras palabras: la crisis de la Unión Europea, aunque también obedece a circunstancias propias, forma parte de la crisis general de Occidente, de sus estructuras, principios y valores, pero, sobre todo, de su validez como referente ideológico movilizador de una parte de la humanidad contra un enemigo

común, real o imaginario, que ahora se intenta con desigual éxito resucitar ora bajo la omnipresente «guerra contra el terrorismo», ora con el remedo del «peligro amarillo» bajo el que algunos medios intentan presentar el ascenso de China o, completando la lista de «malvados», con la Rusia de Putin y su empleo del arma energética. Al mismo tiempo, ambas crisis están haciendo resurgir antiguas y más recientes líneas de potencial fractura en un complejo que se pretendía homogéneo mientras persistió la bipolaridad. Como resultado, asistimos al debilitamiento y posible fragmentación de ese modelo de Occidente y a la reaparición de las realidades precursoras que había intentado subsumir o anular. Entre esas realidades ahora de retorno se encuentra, precisamente, Eurasia, sus principales estados y las constelaciones de poder que en torno a los mismos se articulan. Para cerrar el círculo de la causalidad, la reaparición de Eurasia está contribuyendo a profundizar, aunque no necesariamente debiera ser así, como veremos, tanto la depresión europea como la progresiva disgregación/reconfiguración del por ahora último avatar de Occidente.

El punto crítico en que se encuentra el proyecto de integración europeo puede ser por tanto entendido como la resultante de dos procesos en apariencia disímiles, pero en verdad complementarios: el simultáneo derrumbe de una cierta idea de Europa y de una cierta idea de Occidente. La desorientación entre quienes se habían aferrado a

ambas ideas, como si su perennidad hubiera alguna vez estado garantizada por algún ignoto designio de los dioses, es sólo comparable con la seguridad creciente que caracteriza los movimientos de quienes mejor parecen estar dispuestos a aprovechar el cambio de circunstancias para avanzar sus proyectos alternativos en Eurasia y más allá. Entre estos proyectos, limitándonos por el momento a los portados por los principales actores del extremo occidental euroasiático, podemos destacar en esbozo los tres siguientes:

a) El *angloamericano*, sustentado, en su formulación más acabada y extrema, en dos principios: la regeneración y expansión de la comunidad euroatlántica bajo la hegemonía más o menos encubierta de la denominada «angloesfera»¹⁰ y la continua división política de Eurasia, conteniendo,

¹⁰ El término «angloesfera» comienza a proliferar en la literatura ensayística y en los artículos de opinión de los medios anglosajones. En esencia, no es más que una perífrasis bajo la que apenas se esconde un intento por resucitar y adaptar a los nuevos tiempos las ideas de los imperialistas «liberales» británicos en el sentido de crear una «*Commonwealth*» anglófona ya no limitada, como en los proyectos tardocimonónicos de Cecil Rhodes, a los Dominios blancos del Imperio, sino ahora ampliada a las elites cosmopolitas y a las masas de consumidores de la más amplia «civilización anglófona», con énfasis en la India como contrapeso al ascenso de China en el extremo-oriente euroasiático. Para quien desee familiarizarse con una de las propuestas más sofisticadas de la «angloesfera», véase Bennett (2004).

confrontando o cooptando a los tres actores con mayor capacidad de recrear espacios autónomos en el macrocontinente: la propia UE, Rusia y China. Al tiempo, mientras pretende mantener separados a estos actores para evitar que constituyan un polo geopolítico alternativo, busca el proyecto angloamericano un acceso sin barreras a los recursos y mercados que cada uno de ellos ofrece y que, en el caso de Rusia/Eurasia Interior y China, comienzan a ser integrados en los flujos de la globalización pese a los reflejos nacionalistas y proteccionistas que perviven en la mayor parte del espacio que se extiende entre Moscú y Pekín. Destaquemos que, aunque de momento parece ser ésta la variante de configuración euroasiática prevaleciente, al menos mientras persista la dominación angloamericana, sin embargo la misma enfrenta una difícilmente resoluble contradicción en su arquitectura, de en apariencia sólidos fundamentos. Por una parte, su triunfo requiere perpetuar —y, si es necesario, agudizar— la fragmentación política de Eurasia y, sobre todo, evitar la concertación estratégica entre sus principales potencias continentales. Para ello, además de mantener en animada suspensión a una UE orientada en sus centros de decisión hacia el Atlántico, esta variante necesita favorecer el debilitamiento y aislamiento geopolítico de Rusia (en especial, respecto de su «extranjero próximo»)¹¹ y facilitar la

neutralización de China mediante su transformación en una sociedad plenamente capitalista y su integración en los flujos de la globalización dominados por reglas de inspiración anglosajona. Ahora bien, por otra parte, el proyecto angloamericano prevaleciente, al estar identificado con un objetivo de más largo alcance —la continua expansión de la globalización liberal— requiere que la división geopolítica euroasiática sea superada en lo económico por el derribo de los obstáculos que la existencia de fuertes soberanías, unilaterales o compartidas, puede oponer a la continuidad de los flujos de capital, energía e información y a la unidad de los mercados. A su vez, la integración en la globalización de los tres actores que la «angloesfera» pretende mantener, en diversos grados, políticamente divididos y subordinados puede contribuir, como de hecho está ocurriendo en los casos de Rusia y China, a fortalecer su cartera de recursos y a incrementar varias de las dimensiones de su poder en detrimento de la preeminencia angloamericana. Para evitar que esa contradicción estalle finalmente, los proponentes de un mundo euroasiático «anglocéntrico» están poniendo en marcha, a distintos niveles, varias medidas tendentes a compaginar

fronteras de Rusia, el despliegue militar y económico estadounidense en Eurasia Interior antes y, especialmente, después del 11 de septiembre de 2001 y designios como el referido de «Gran Asia Central», más la penetración en el Cáucaso Meridional y Europa Oriental tras las revoluciones de colores en Georgia y, con menos éxito, en Ucrania (Berman, 2004-2005).

¹¹ Aquí entran en juego, llevando la renovada doctrina de la contención a las mismas

en Eurasia la buscada fragmentación geopolítica y la también deseada expansión globalizadora en aras de una hegemonía que se pretende perpetuar. En esencia, se trata de conseguir:

–Una reordenación y reafirmación *ad intra* del tradicional espacio euroatlántico (endoestructura) en torno a valores y principios «fuertes» identificados con un idealizado «Occidente» y oponibles tanto a eventuales enemigos internos (los hispanos en los EEUU, en la variante *huntingtoniana*, o los inmigrantes musulmanes no «asimilados» en Europa, por ejemplo), como externos (la Yihad mundial, la «autocracia neozarista» rusa; el variable «eje del mal»...).¹² Paralelamente, el énfasis en el sustrato axiológico de la comunidad habría de ir acompañado por una revitalización de los vínculos de seguridad¹³ y materiales entre ambas orillas

del Atlántico, particularmente en este último ámbito a través de la reorientación de la UE hacia una Zona de Libre Comercio Nordatlántica (propuesta, por cierto, en la que en España parecen intelectualmente interesados ciertos medios próximos al ex presidente del Gobierno Aznar y a la que también han pretendido apuntarse los sectores más pro-atlantistas de la Alemania de Merkel)¹⁴. Idealmente, los abogados de ese espacio económico ampliado hacia el Oeste pretenden que la UE al mismo tiempo no abandone su labor estabilizadora e integradora hacia el Este, incluyendo Turquía y hasta los márgenes de Eurasia Interior en torno a Rusia y en la proximidad de China.

–*Ad extra* (mesoestructura), al tiempo que se busca el fortalecimiento de los vínculos políticos, económicos y de seguridad entre los estados de la comunidad euroatlántica, se intenta favorecer su expansión hasta rodear los contornos de las alternativas potencias euroasiáticas mediante, entre otros instrumentos: las ampliaciones de la UE y sus políticas de «vecindad»; la búsqueda de nuevas misiones para la OTAN (con el empeño ya conseguido de involucrarla en escenarios antes considerados fuera de área, como Afganistán) y la creación de redes y alianzas *ad hoc* de naturaleza más política e ideológica en las que las viejas

¹² En su versión más esencialista, como la preconizada por Huntington (Huntington, 2004), esta estrategia pasa, en el núcleo anglosajón de la comunidad euroatlántica, por una revalorización del credo protestante y de la creencia en la superioridad de la raza anglosajona ante el empuje de las comunidades inmigrantes hispanas, precisamente aquéllas que parecerían manifestar una mayor resistencia a ver diluida su identidad.

¹³ El reforzamiento de los lazos de seguridad se pretende conseguir a través del vínculo ofrecido por la OTAN y adaptando tácticas de la Guerra Fría como el proyecto de despliegue, ahora cada vez más cerca de las fronteras rusas, de sistemas de defensa contra misiles balísticos con el que los Estados Unidos quieren demostrar su voluntad de defender a los aliados euro-

peos, sobre todo a los recién incorporados, como lo demuestra la controvertida iniciativa de establecimiento de escudos antimisiles en Polonia y la República Checa.

¹⁴ Véase Iñiguez (2007).

democracias atlánticas acogen y tutelan aquellos estados antaño insertados en bloques antagónicos y que, tras haber atravesado por transiciones o cambios de régimen (por ejemplo, las célebres «revoluciones de colores» en el espacio postsoviético), comienzan a orientarse hacia Occidente¹⁵.

–Finalmente, como último objetivo, la comunidad euroatlántica anglocéntrica habría de conseguir no sólo la contención, sino la neutralización de las potencias euroasiáticas emergentes –sobre todo de Rusia y China– mediante la conversión de sus sistemas políticos al modelo de democracia liberal y la adaptación de sus estructuras económicas a los requerimientos del capitalismo globalizado (la exoestructura que constituye el punto Omega hacia el que debería converger la evolución de cada uno de los subsistemas). La idealizada visión que así se pretendería alcanzar sería, en palabras del historiador británico Timothy Garton Ash, el tránsito de «un Mundo Libre» –el Occidente euroatlántico frente al resto– «al Mundo Libre»: el resto incorporado, subordinadamente, al Occidente euroatlántico (Garton Ash, 2004).

b) Frente al bien delineado diseño angloamericano (compartido en otros estados por influyentes elites unidas

por redes de poder e intereses comunes) ha reaparecido como alternativa en la Eurasia Occidental un más difuso proyecto *eurocontinental*, resultado de la alianza de circunstancias entre dos viejas tradiciones geopolíticas resurgidas al calor de las tensiones en la comunidad euroatlántica: la «neogaulista» y la «*Realpolitik*» germánica. Ambas comparten una apenas disimulada rivalidad –unida a una clara animadversión en el caso francés– con el mundo anglosajón y, por tanto, a pesar de sus diferencias en el pasado, convergen en el proyecto de intentar transformar la Eurasia continental (es decir, en este caso la Europa de orientación no anglosajona, más Rusia/Eurasia Interior y partes de Eurasia Oriental, en particular China) en un área geopolítica autónoma. De nuevo, como en la visión angloamericana de Eurasia, en esta variante encontramos distintas opciones, según el énfasis se ponga en la adjetivación gálica o germánica del proyecto. Pero la posibilidad que durante los prolegómenos de la crisis de Iraq cautivó la atención, y la ira, en los círculos de poder de Washington, Londres y adláteres fue el espectro de un posible eje París-Berlín con extensiones hacia Moscú y Pekín, finalmente nunca materializado por las contradictorias ambiciones, y debilidades, de cada uno de sus protagonistas. En concreto, Francia bajo el mandato de Jacques Chirac había intentado realizar durante los años noventa el sueño de restaurar su declinante «*grandeur*» tanto ante la reafirmación unipolar estadounidense

¹⁵ Un claro ejemplo lo constituye la Comunidad de Elección Democrática, surgida al calor de las «revoluciones de colores» en Ucrania y Georgia, y a la que también se unieron Moldova, los tres estados bálticos, Rumania, Eslovenia y Macedonia.

como ante el progresivo resurgir alemán y la recuperación británica (Coudurier, 1998). La ineluctable pérdida de peso de París ante Berlín, Londres y Washington no sólo en el continente, sino en las áreas de influencia francófonas extra-europeas, hubiera debido ser compensada –en el a la postre fallido designio «chiraquiano»– mediante la creación de un sistema diplomático multipolar con su centro de gravedad en Eurasia continental y con Francia convertida en elemento indispensable mediante: el mantenimiento del eje con Alemania en su *status quo* anterior a la unificación; una aproximación a Rusia reminiscente de la vieja entente franco-rusa de 1892 y del más tardío acercamiento «gaullista» franco-soviético de los años sesenta; la formación de una alianza estratégica con China y, sobre todo, una reafirmación de Francia sobre sus antiguas posesiones africanas y medio-orientales con cuyos recursos y apoyo diplomático París esperaba contrarrestar, en maniobra envolvente, el ascenso alemán en Europa¹⁶.

Ahora bien, las ambiciones francesas de crear un contrapoder a la hegemonía

angloamericana¹⁷ aprovechando el controvertido camino hacia Iraq chocaron con una simple realidad: ninguna de las otras grandes capitales euroasiáticas tanteadas –Berlín, Moscú y Pekín– estaban dispuestas a actuar como actores secundarios en una obra que no era la suya y justo en el momento en que cada una de ellas estaba más interesada en poner en práctica con mayor o menor cautela sus propios guiones de política exterior a escala global, pasando necesariamente por Eurasia. Dejando para más adelante en el análisis los casos de Moscú y Pekín, el ejemplo de Berlín es paradigmático. Bajo el anterior Canciller Gerhard Schröder, Alemania se embarcó en una gradual revisión, ya iniciada en la era Kohl y continuada por Merkel, de los tabúes que habían limitado la proyección exterior tanto continental como global del resurgente poder alemán (Zeihan, 2005). Durante los últimos quince años han tenido así lugar iniciativas conducentes a incrementar la influencia germana hacia el interior de Eurasia entre las que destacan, de oeste a este: el impulso a las sucesivas ampliaciones de la UE hacia la Europa del Este; las intervenciones diplomáticas y militares (bajo paraguas UE y OTAN) en la antigua Yugoslavia;

¹⁶ Habrá que esperar para ver qué queda de ese designio durante el mandato del nuevo presidente francés. De momento, en sus declaraciones sobre política exterior durante la campaña electoral, Sarkozy pareció desmarcarse de algunos elementos esenciales del «neogaullismo» al preconizar una mayor aproximación al mundo anglosajón, especialmente en lo tocante al modelo económico liberal, y una ampliación del eje franco-alemán para acomodar otros grandes estados de la UE.

¹⁷ Ciertamente, al menos retóricamente y fugazmente alcanzadas con la respuesta entusiasta del «frente antiguerra» a la actuación del ex ministro de Exteriores Dominique de Villepin en la reunión de Consejo de Seguridad de Naciones Unidas donde se debatió la existencia de armas de destrucción masiva en Iraq.

la forja de una relación privilegiada con Moscú, apoyada en la diplomacia del crédito, de las inversiones y de la energía; la utilización del «*soft power*» y de las redes multilaterales (diplomacia cultural, política de vecindad de la UE, presencias sobre el terreno de la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa...) en la periferia rusa, sobre todo en el Cáucaso Meridional; la creación de una tupida presencia diplomática, cultural, económica e incluso militar (la base de Termez, en Uzbekistán) en Asia Central y en Afganistán y la conversión de China en la principal base de operaciones del *establishment* industrial y financiero alemán en Extremo Oriente¹⁸. Por supuesto, la suma e implicaciones de todas estas acciones no han pasado desapercibidas en las más importantes cancillerías y han comenzado a hacer sonar determinadas alarmas, particularmente en el privilegiado socio francés (Bollmann, 2003). En cierto modo, el «giro» atlántico de Merkel, animado por los principales medios de comunicación e influencia anglosajones¹⁹, apenas ha conseguido

enmascarar la continuidad esencial de su política exterior euroasiática con la de sus dos predecesores, eso sí, eliminado tanto la interesadamente acrítica retórica pro-atlántica de Helmut Kohl como el populista discurso antiamericano con el que Schröder consiguió ganar las elecciones de 2002 (Thies, 2005). Así, por citar un ejemplo palmario, el hecho de que Merkel mencione sin aparentes complejos la situación en Chechenia o el déficit democrático ruso en sus visitas a Moscú no puede obviar el que siga impulsando la construcción del Gasoducto de Europa del Norte con participación de grandes multinacionales alemanas y de las empresas monopolísticas rusas en detrimento de intereses nacionales esenciales de otros miembros de la UE²⁰. No es tampoco casualidad el que bajo la presidencia alemana de la UE durante el primer semestre de 2007 las prioridades declaradas sean el desarrollo de las políticas de vecindad hacia el Este y la elaboración de una estrategia hacia Asia Central

¹⁸ Algunos medios de influencia en Alemania comienzan a hablar sin cortapisas de una visión integrada de Eurasia bajo liderazgo germano. La expresión clave, y en clave, utilizada es el *Eurasia Verkehrswege Plan*, suerte de gigantesco plan de infraestructuras euroasiático que conecte los polos occidental y oriental de Eurasia y permita poner en valor los recursos humanos y materiales de su espacio central (Zepp-LaRouche, 2005).

¹⁹ Véase por ejemplo la caracterización en estos medios de Merkel como la nueva

Dama de Hierro europea en McGuire (2007).

²⁰ El Gasoducto de Europa del Norte está previsto que transporte gas natural desde los yacimientos rusos de Yuzhno-Russkoye y la península de Yamal hasta Alemania. El tramo submarino atravesará el mar Báltico desde el puerto de Vyborg hasta Greiswald, evitando así las actuales conexiones a través de Polonia, Lituania, Estonia, Bielarrús y Ucrania, estados todos ellos que, en distintos grados, están mostrándose discolos con los dictados del Kremlin. Participan en su desarrollo los gigantes de ambos países Gazprom, Baf AG y E.On Ag.

que permita a Berlín situarse –o, en realidad, consolidarse– como el interlocutor privilegiado de la Unión con el conjunto de Eurasia Interior.

En suma, la variante eurocontinental de Eurasia sufre, aún más que la angloamericana, de las fuertes contradicciones entre sus principales proponentes y, no cabe olvidar, de la pulsión hacia el modelo anglosajón que sigue inspirando a parte de las elites francesas (la elección de Sarkozy es un claro ejemplo) y, sobre todo, alemanas. Ello no significa que tanto París como Berlín vayan a renunciar a sus respectivas políticas autónomas de grandes potencias en el ámbito euroasiático y más allá. Sin embargo, en el futuro inmediato, tras el fracaso bajo Chirac y Schröder en la movilización de los estados que pensaban más afines, es muy previsible que los nuevos liderazgos en ambas capitales sigan avanzando sus intereses nacionales sin enfrentarse tan abiertamente al polo anglosajón e incluso intentando atraer a Londres a un eje tripartito mediante la aceptación de algunos de los métodos y objetivos ya examinados del proyecto angloamericano. Si así ocurriera, además de las repercusiones en el seno de la UE, es de esperar, y temer, que en Eurasia Interior y oriental, Rusia y China tengan aún más incentivos para avanzar sus propios proyectos geopolíticos en contraposición al percibido como expansivo «bloque» occidental euroasiático.

c) La Eurasia angloamericana y la eurocontinental, a pesar de sus diferencias, tienen en común el partir de los estados –sobre todos de aquellos que han alcanzado o pretender recobrar la categoría de grandes potencias– como unidades básicas de las relaciones internacionales y, por tanto, como los actores constitutivos por excelencia del espacio euroasiático. Frente a esta concepción moderna, el *proceso de integración europea* constituye una vía radicalmente nueva de estructuración de ese mismo espacio, o de una parte del mismo, partiendo del postmoderno principio de supranacionalidad (Cooper, 2003). De hecho, la supervivencia y avance de ese proceso integrador es la condición necesaria, aunque no única, para evitar que el riesgo de confrontación subyacente a todos los proyectos geopolíticos estatales examinados en este ensayo termine por materializarse.

Por desgracia, el principio de supranacionalidad corre el peligro de ser superado, por debajo, ante la renacionalización de las políticas exteriores y de seguridad y, por encima, ante la formación de agregados macrocontinentales en los que la UE es un factor más de la ecuación y no precisamente el principal, como lo demuestra el debate sobre la vulnerabilidad energética que se aborda en diversos puntos de este libro. Pese a estos peligros, puede afirmarse que la UE todavía conserva cierto dinamismo interno con el que contrarrestar las tendencias centrifugas y, al contrario, impulsar la creación de espacios de cooperación/integración

en sus áreas de influencia. La elaboración y aprobación del Documento de Estrategia de Seguridad de la UE en diciembre de 2003 –el conocido como «Documento Solana»– y el desarrollo de la Política de Vecindad desde mayo de 2004, en parte dirigida hacia el este de Europa y el interior de Eurasia (aunque deja peligrosamente fuera a Asia Central), pueden ser percibidos, en parte correctamente, como respuesta de las fuerzas favorables a la vis integradora ante el empuje de las fuerzas disgregadoras desde dentro y fuera de la propia Unión. Ahora bien, sería ingenuo no advertir que tanto la Estrategia de la Unión como la Política de Vecindad pueden servir también otro tipo de intereses. Ambas proponen explícitamente extender alrededor de la Unión un anillo de estados prósperos y estables mediante incentivos varios pero sin llegar al extremo de extender una cláusula automática de adhesión a sus beneficiarios en Europa Oriental y el Cáucaso Meridional. Éstos quedan así relegados a conformar, al menos temporalmente, una zona indeterminada entre la Unión ampliada, por una parte, y Rusia y su periferia más o menos próxima (no sólo en sentido meramente geográfico), por otra²¹. Al mismo tiempo, mediante el concepto de condicionalidad positiva, la Unión pretende inducir cambios en la estructura política y económica de esos países para

acercarlos al modelo más afín de democracia de mercado. Ello significa que, a través de instrumentos políticos varios y de los considerables medios financieros que la Unión está dispuesta a canalizar a través de los planes de acción en cada uno de los países escogidos, se está sirviendo al mismo tiempo –consciente o inconscientemente, dependiendo de los casos– al objetivo atribuido al proyecto angloamericano de crear una mesoestructura euroasiática orientada hacia la comunidad euroatlántica y cada vez más alejada de Rusia. Esta es precisamente la interpretación que se realiza desde determinados ámbitos del Kremlin y que explicaría algunas de las posiciones rusas más agresivas respecto a países como Moldova o, especialmente, Georgia²². Otras recientes iniciativas de la Unión relativas a la «seguridad energética», con su énfasis en la diversificación de suministros y en el apoyo a la construcción de «corredores» de transporte que circunvalen territorio ruso, aunque justificables en otros términos, pueden tener las mismas implicaciones prácticas y provocar, como comprobaremos, similares reacciones

²¹ Sobre las carencias de la Política de Vecindad de la UE, véase Fernández Sola (2007).

²² No es un secreto que dirigentes moldavos y georgianos, apoyados por determinadas capitales occidentales, han venido acusando a Moscú de apoyar a las regiones secesionistas pro-rusas en sus propios territorios, casos de Transnistria en Moldova o de Osetia del Sur y Abjazia en Georgia. Las relaciones entre Rusia y Moldova, sin embargo, parecen estar atravesando por un período de relativo entendimiento que podría conducir, en el mejor de los casos, a una resolución del conflicto transnistrio.

rusas²³. Obviamente, ello sitúa en una difícil tesitura a países como Alemania, Francia o Italia, cada uno de los cuales ha venido intentando tejer una red de intereses privilegiados con Rusia, incluyendo en los dominios del gas y el petróleo. Pero es el precio que tienen que pagar por haber aceptado –con mejor o peor ánimo y bajo impulso de Londres y Washington– unas ampliaciones que han situado en el proceso de decisión de la Unión a países con un fuerte tropismo antirruso, por conocidas razones históricas. Este último factor, aunque no es el único, contribuye a explicar también los problemas para renovar el Acuerdo de Asociación y Cooperación con Rusia, que expira a finales de 2007, una de las piezas angulares con las que los círculos supranacionalistas de la Unión –y los proponentes del proyecto eurocontinental, aunque por distintas razones– habían pretendido crear una arquitectura euroasiática autónoma. Pese a los esfuerzos de la presidencia alemana durante el primer semestre del año por impulsar las relaciones entre Bruselas y Moscú, una serie de circunstancias –situación de las minorías

rusófonas en Estonia y Letonia; crisis del soldado de bronce en Estonia; la controversia sobre la carne polaca y, sobre todo, las divergencias sobre suministros de energía arrastrados desde inicios de 2006 y el anunciado despliegue de escudos antimisiles estadounidenses en Chequia y Polonia²⁴– hicieron imposible llegar a un acuerdo en la fallida cumbre euro-rusa de Samara (celebrada los días 17 y 18 de mayo del 2007).

Con una Política de Vecindad limitada en cuanto a sus objetivos y fácilmente manipulable por intereses geoestratégicos, unas relaciones con la resurgente Rusia que atraviesan uno de sus momentos más críticos en su aproximación supranacional y una estrategia incipiente y a todas luces tardía hacia Asia Central, la proyección de la UE hacia Eurasia Interior a duras penas podrá competir en su actual estado con los otros designios asentados en cálculos de política de poder y tendentes ora hacia la fragmentación de Eurasia –con sus amorfos componentes orientados hacia polos de decisión alternativos– ora hacia su reordenación en espacios dominados por directorios de grandes potencias como parte de un reparto a escala global del *nomos* de la Tierra. *Iter mas* en lo relativo a la estrategia de la UE hacia China y otros actores clave de Eurasia Oriental. Aquí, con todo, la situación es más esperanzadora. Aunque las relaciones sino-europeas han atravesado por dificultades debido a diferencias comerciales y sobre la dis-

²³ A través de la denominada «Iniciativa de Bakú», Bruselas pretende crear una comunidad de la energía regional englobando el Mar Negro y el Mar Caspio tomando como referencia reglas de juego inspiradas en las necesidades e intereses de la Unión. En la última reunión ministerial de esta Iniciativa participaron la UE, Armenia, Azerbaidzhán, Bielarrús, Georgia, Kazajstán, Kirguistán, Moldova, Tadjikistán, Turquía, Ucrania, Uzbekistán y Rusia como mera observadora (Vitale, 2007).

²⁴ Véase Bonet (2007).

tinta concepción de los derechos humanos, ha terminado predominado en las mismas una voluntad de pragmatismo que parece estar ausente en el debate con Rusia, de mayor carga política. De las proyecciones estratégicas de la UE en Eurasia, es justamente la orientada hacia China la que presenta un más amplio recorrido en el medio y largo plazos. Pero es también la que, en última instancia, con mayor claridad puede terminar exponiendo los límites de la Unión en su supuesta capacidad para convertirse en un actor supranacional de primer orden mediante el empleo del denominado «poder blando». Al igual que los Estados Unidos y Rusia, China se sigue moviendo con parámetros propios de la política de poder en la escena internacional y continua privilegiando las relaciones con las grandes potencias clásicas y otras emergentes a las que unas veces intenta enfrentar entre sí utilizando la estrategia del «bárbaro contra el bárbaro» —por ejemplo en el debate sobre el levantamiento de las sanciones post-Tiannanmen— y otras sabe seducir hacia un juego competitivo con el atractivo de su enorme mercado y, últimamente, de su capacidad inversora en el exterior gracias a su ingente reserva de divisas²⁵.

En suma, la perspectiva de que la UE pueda llegar a contar con una visión y capacidad de acción comunes hacia el conjunto de Eurasia, entendida

como espacio de cooperación y no de rivalidades, no es en exceso optimista. Pero tampoco hemos de darla por imposible. Las cartas —una estrategia global; la pervivencia de impulsos, a veces meras inercias, supranacionales; un conjunto heterogéneo y perfectible de políticas y acciones comunes hacia Rusia y Eurasia Interior y Oriental...— están sobre la mesa. Ahora bien, el problema es que no todos los jugadores dan la impresión de desear participar en el mismo juego.

Rusia y Eurasia Interior

Durante la Guerra Fría, la frontera delimitada por el Telón de Acero fue la más acabada expresión de la división de Eurasia, tanto física como en el orden de las mentalidades. Fue, asimismo, la casi hermética barrera que permitió durante medio siglo la formación de un verdadero *Imperium* en Eurasia Interior bajo dominio exclusivo ruso-soviético (Kapuscinski, 1994). Sin embargo, el embrión de lo que hubiera podido ser una Eurasia completa y unida bajo el cetro de Moscú y el soporte ideológico del comunismo sucumbió ante el doble peso de las presiones externas y de sus propias contradicciones internas. En una deriva aún más extrema que la experimentada por la comunidad euroatlántica, los vínculos que unían por la fuerza los diversos componentes del espacio soviético fueron sometidos durante las últimas dos décadas del pasado siglo a tensiones centrífugas de

²⁵ Sobre las relaciones entre la UE y China, teniendo en cuenta la componente transatlántica, véase Gosset (2005).

alta intensidad. El resultado, transcurridos más de quince años desde el colapso de la URSS, ha sido la fragmentación de Eurasia Interior y la aparición de intentos por reconfigurarlo a partir de visiones e intereses a menudo contradictorios. Como nos recuerda el analista Alexander Nikitin, desde un punto de vista intelectual, aunque con claras repercusiones en la praxis de los estados y otros actores internacionales, la desaparición de la URSS llevó a la conceptualización del vacío geopolítico por ella legado bajo la vaga denominación de «espacio postsoviético» (Nikitin, 2007). Ese espacio fue sometido a principios de los años noventa a dos tensiones contrapuestas. Por un lado, el intento ruso por mantener una semblanza de hegemonía sobre las antiguas repúblicas soviéticas a través de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) y el mantenimiento del monopolio en el suministro y transporte de ciertos recursos estratégicos hacia y desde los incipientes estados ex soviéticos. Por otro, en sentido contrario, el propósito por parte de actores extra-regionales (como los Estados Unidos, los principales estados europeo-occidentales, la UE y la OTAN e incluso, con sus propias agendas, Irán, Turquía, Japón y China) de alejar a los nuevos estados independientes de la órbita de Moscú mediante la inducción de transformaciones, *ad intra*, en sus respectivas identidades, sistemas políticos y estructuras socio-económicas y, *ad extra*, en sus orientaciones geopolíticas. El resultado en nuestros días de la tensión entre esas

dos fuerzas ha sido la pérdida de cohesión del espacio postsoviético, con la aparición de nuevas configuraciones en su endoestructura, y la proliferación de nuevos vínculos en su mesoestructura y exoestructura. Examinemos a continuación las dos principales variantes planteadas en Eurasia Interior de modo similar a como lo hicimos en el caso de Eurasia Occidental.

a) Una *Eurasia Interior rusocéntrica*. Como hemos indicado, un embrionario intento de recomposición del espacio postsoviético en torno a Rusia utilizando medios multilaterales fue ensayado con la creación y puesta en marcha de los mecanismos de la CEI, a la que pertenecen doce de las quince antiguas repúblicas soviéticas (todas menos las bálticas, que terminaron siendo integradas en la UE y en la OTAN)²⁶. Sin embargo, pese a los intentos por hacer efectivas las decisiones adoptadas en órganos unificadores como el Consejo de Jefes de Estado, el de Ministros de Asuntos Exteriores o el de Ministros de Defensa, los resultados fueron siendo cada vez más magros y algunos de los estados miembros de la CEI de hecho fueron apartándose de la línea prorusa conforme iban siendo atraídos, en algunos casos temporalmente, hacia Occidente, como lo fueron demostrando los ejemplos de Moldova, Ucrania, Georgia y Uzbekistán²⁷. En algunos de

²⁶ Turkmenistán, país que ha optado por la neutralidad en su política exterior, mantiene el estatus de observador en la CEI.

²⁷ Agrupados, junto con Azerbaidzhán, en

los mencionados ejemplos, la reorientación ha sido el resultado de cambios de régimen, en parte endógenos y en parte inducidos desde el exterior, simbolizados en las célebres «revoluciones de colores» de Georgia y Ucrania, en 2004. En otros casos –Moldova, Azerbaiján y también la propia Georgia–, la inclinación hacia las estructuras euro-atlánticas ha sido impulsada por la percibida interferencia rusa en asuntos internos, en particular en apoyo de regímenes separatistas en las regiones rusófonas –Osetia del Sur en Georgia y Transnistria en Moldova– o mediante la ayuda prestada a Armenia en su contencioso con Azerbaiján sobre el territorio de Nagorno-Karabaj.

En suma, durante la década de los noventa, Rusia fue perdiendo influencia en su periferia al mismo tiempo que su situación interna se deterioraba al albur de la caótica gestión de la era Yeltsin. Fue no por casualidad en ese período cuando con mayor facilidad se produjo la infiltración del mundo atlántico en Eurasia Interior, sobre todo en relación con los recursos del Cáucaso y Asia Central, aunque también de Siberia. La llegada de Vladimir Putin al poder en 2000 inició un proceso de paulatina reversión de esa tendencia que sólo ahora está alcanzando su punto álgido. En efecto, tras un inicial período de cooperación con los Estados Unidos

durante el que algunos autores creyeron entrever los prolegómenos de una Gran Alianza Washington-Moscú (Encel y Guez, 2003), el desafío estratégico planteado por la nueva Rusia comienza a mostrar su auténtico perfil²⁸. Mientras permitía, por razones pragmáticas, el establecimiento de bases militares occidentales en su «extranjero próximo» con la excusa de la «guerra contra el terrorismo» en Iraq y Afganistán, así como las continuas inversiones de las *major* del petróleo en los yacimientos del Cáucaso, Siberia y el Báltico, Putin se concentró en su designio de recrear un Estado fuerte mediante la centralización de los instrumentos de poder político y económico que su predecesor había dejado deslizar desde el Kremlin hacia las regiones y los clanes de oligarcas (Shevtsova, 2006). Casi conseguido ese objetivo esencial en el interior, a expensas de una inicial cesión de terreno en el exterior, Moscú está ya poniendo en pie una estrategia de gran potencia (re)emergente en el corazón de Eurasia que podría ir progresivamente ampliando su radio de acción, en la medida en que lo vayan permitiendo sus medios, hacia los confines alcanzados por la extinta Unión Soviética. Esto puede ya comprobarse observando el retorno

el Grupo GUUAM, acrónimo de sus integrantes, del cual se retiró Uzbekistán tras su alejamiento de los Estados Unidos durante 2005, transformándose el agregado en el actual GUAM.

²⁸ Vid el ya célebre discurso de Putin en Munich, pronunciado el 10 de febrero de 2007, en el que acusó a los Estados Unidos de haber «sobrepasado sus fronteras en todos los sentidos» y de tratar de imponer «nuevas líneas divisorias y muros». El discurso es accesible en línea en la dirección: www.securityconference.de/konferenzen

ruso a una política de reafirmación de sus intereses en Europa oriental, sudoriental y central –véanse las posiciones rusas sobre Kosovo, su reacción ante el propuesto despliegue de escudo antimisiles en Chequia y Polonia o su táctica cuasi *rumsfeldiana* de dividir a los «viejos» y «nuevos» europeos y a ambos respecto de los Estados Unidos– así como atisbando sus intentos por introducirse en la alta, y extraordinariamente compleja, política del Medio Oriente –aproximaciones a Siria, Irán o al movimiento palestino Hamas– y el sinuoso trazado de una red de complicidades, no exenta de desencuentros, con China e India en Eurasia oriental (Friedman, 2007). Sin ánimo de ser exhaustivos y centrándonos ahora en la reactivación de una esfera de influencia rusa en Eurasia Interior como parte de esa gran estrategia, los signos más llamativos son los siguientes:

–En el dominio de la energía, privilegiado por Rusia como instrumento de poder (Brill Olcott, 2004), los pasos progresivos han consistido, primero, en reordenar, es decir, nacionalizar de facto, y consolidar el sector nacional en torno a dos grandes compañías de vocación monopolística y expansiva: Gazprom, en el gas y petróleo, y Rosneft, en el petróleo. Al mismo tiempo, y a medida que el objetivo anterior está siendo alcanzado, Moscú ha comenzado a revertir la situación en el terreno donde el mundo euroatlántico había pretendido, y conseguido, hacer avanzar sus posiciones: el control de los

gasoductos y oleoductos que permiten canalizar los recursos de la Eurasia Interior tanto rusa como no rusa hacia los mercados consumidores y los centros más dinámicos de crecimiento en Eurasia Occidental y Oriental²⁹. Aunque las espadas siguen en todo lo alto, tres recientes iniciativas en este sentido merecen atraer nuestra atención (Cohen, 2006). En primer lugar, el ya mencionado Gasoducto de Europa del Norte, por el que, con capital y tecnología alemanes, Rusia pretende transportar gas desde sus yacimientos en la península de Yamal a los mercados europeos sin atravesar territorio de los países bálticos ni Polonia, privando así a éstos de capacidad de influencia sobre la política energética europea y de ingresos por derechos de tránsito. En segundo lugar, el acuerdo preliminar alcanzado el 13 de mayo de 2007 por Putin, el nuevo presidente turkmeno Gurbanguly Berdymujammedov y el presidente kazajo Nursultán Nazarbayev. Por dicho preacuerdo, el gas turkmeno y kazajo seguirá fluyendo a través de la existente vía, que se prevé ampliar, conocida como gasoducto de Asia Central-Centro, con terminal en Rusia, desde donde el gas podrá ser reexportado por Gazprom a precios de

²⁹ Aunque los analistas suelen prestar menos atención a este otro instrumento de poder económico, no cabe olvidar el papel de la compañía eléctrica rusa RAO-UES y su control sobre los esenciales recursos hídricos de países como Kirguistán y Tadzhi-kistán en medio de la aridez de Asia Central.

mercado hacia Europa, dando así un golpe casi mortal al plan alternativo, apadrinado por varias capitales euroatlánticas, para transportar el gas centroasiático por debajo del mar Caspio, evitando Rusia, hasta terminales que conecten con el proyectado gasoducto Nabucco. Por último, la más reciente propuesta por el monopolio Transneft (propietario de los oleoductos rusos) de crear en los próximos dieciocho meses una conducción con capacidad para 1 millón de barriles de petróleo diarios que circunvale Bielarrús y termine en el puerto báltico de Primorsk para desde allí suplir los mercados centroeuropeos sin intermediarios incómodos. De hecho, Rusia ya ha cesado el envío de petróleo a través de los ramales lituano y letón del oleoducto Druzhba («amistad») que atraviesa territorio bielorruso (Belton, 2007).

Con esas tres iniciativas, contando con sus reservas energéticas y con el mantenimiento y la progresiva ampliación de las redes de transporte de hidrocarburos ya existentes en Eurasia Interior que de una forma u otra controla, Rusia está así garantizándose una posición privilegiada en el debate de la seguridad energética en todo el espacio euroasiático, donde, sin embargo, tiene que competir con la creciente voracidad china y, por supuesto, con los examinados proyectos angloamericanos, eurocontinentales y euro-supranacionales para evitar el monopolio ruso sobre los suministros de energía.

—En el terreno de la seguridad, Moscú ha aprovechado hábilmente la

presencia militar estadounidense en Asia Central y el Cáucaso tras el 11-S para negociar con aquellos regímenes locales deseosos de establecer una política de equilibrios en la región el retorno o continuidad de bases e intereses militares rusos. Tal es el caso de la base de Kant en Kirguistán (cerca a la base estadounidense de Manas en el mismo país, donde también hay presencia española); de los poco conocidos acuerdos de defensa mutua firmados con Uzbekistán tras la expulsión de los intereses estadounidenses de este país en 2005 o de la permanencia de fuerzas rusas en Tadjikistán pese a la retirada de las tropas de frontera en el limes con Afganistán en 2005. Además, Rusia mantiene lazos militares en teoría multilaterales con seis países de su periferia —Armenia, Bielorrusia, Kazajstán, Kirguistán, Uzbekistán (desde 2006) y Tadjikistán— a través de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC). Esta Organización surgió en septiembre de 2003 con la transformación del moribundo Tratado de Seguridad Colectiva de la CEI y ha dividido su campo de actividades en tres significativas subregiones: la oriental (Rusia-Bielarrús); la caucásica (Rusia-Armenia) y la centroasiática, que cuenta con una Fuerza Colectiva de Despliegue Rápido con sede en Bishkek. Pese a su relativa corta vida, la OTSC ha demostrado muestras de vitalidad y de saber adaptarse a las demandas de sus miembros. A través de esta Organización, Rusia pretende demostrar que sigue considerándose

garante de la seguridad en su vecindad próxima sin plantear a cambio a sus socios demandas en materia de derechos humanos o democratización, como es el caso de otras organizaciones con las que compite en el mismo espacio, como la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE). Eso sí, maridando intereses de seguridad y económicos, Rusia sabe que al preservar la continuidad de regímenes poco aceptables según los patrones occidentales, puede solicitar de aquéllos determinados favores, como la adquisición de hidrocarburos a precios inferiores a los de mercado para su posterior reventa por los monopolios rusos a los consumidores internacionales. Al tiempo, al garantizar la supervivencia de las élites postsoviéticas afines y mantener una capacidad de influencia en reserva para cuando llegue el momento de cambios en la cúpula de los respectivos regímenes, Moscú pretende estar en condiciones de seguir marcando los procesos políticos internos en su periferia. En suma, un buen negocio en todos los sentidos. Pero, a diferencia de lo ocurrido en el no tan lejano pasado soviético, otros actores tienen ahora la oportunidad y la voluntad de participar en el mismo.

b) Una *Eurasia Interior pluricéntrica*, escindida entre actores pro-rusos, pro-occidentales y (semi)autónomos. Es ésta la variante de ordenación del espacio ahora analizado que puede competir con ciertas posibilidades de éxito con el proyecto puramente rusocéntrico. En

esencia, puede decirse que esta configuración es la resultante de la larga década de debilidad rusa postsoviética seguida de su posterior, aunque no sabemos si duradera, resurgencia. Entre ambos momentos de declive y ascendencia rusos, han tenido lugar los examinados intentos de penetración euroatlánticos (y de otros actores «extrarregionales») y cierta consolidación de las soberanías entre los nuevos estados independientes que, como Kazajstán, mejor han sabido aprovechar sus oportunidades. Al mismo tiempo, otros estados de la zona –Ucrania, Georgia, Kirguistán– se han instalado en una peligrosa fase de inestabilidad, precisamente a causa de las fuertes tensiones provocadas tanto por sus propias contradicciones internas como por sus a veces forzadas oscilaciones geopolíticas. La confluencia de todas estas tendencias provoca que el actual paisaje de Eurasia Interior presente una extraordinaria complejidad. Intentado simplificar, en el mismo encontramos las siguientes variaciones, aún sujetas a constante fluidez y solapamientos:

–La *variable rusocéntrica*, con la que Moscú pretende recomponer su influencia tradicional en la zona mediante una serie de instrumentos tanto unilaterales –seguridad, energía, red de influencia entre las élites rusófonas poscomunistas...– como multilaterales –OTSC, CEI...– ya analizados en un anterior epígrafe.

–La *variable del «condominio»* o *esfera de influencia compartida* entre las grandes potencias de Eurasia Interior y

Oriental. Su expresión más consolidada es la aproximación ruso-china, con sus altibajos en el terreno de la cooperación energética y más avanzada en el terreno de la seguridad, tanto a través de acuerdos bilaterales –Rusia es el primer proveedor de armamentos a China– como por medio de esquemas multilaterales dominados por Moscú y Pekín. Entre estos últimos destaca la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), de la que forman parte, además de los dos grandes, Kazajstán, Uzbekistán, Tadjikistán y Kirguistán. Como observadores cuenta con Mongolia, India, Afganistán, Irán y Pakistán. En conjunto, la OCS cubre un cuarto de la extensión del planeta y contiene un tercio de la humanidad, cifras nada desdeñables, si bien se encuentra en una fase todavía de consolidación en modo alguno asegurada.

–Las distintas *variables unilaterales o multilaterales «autónomas»*, con las que los estados postsoviéticos medios con mayor capacidad de independencia intentan contrarrestar y/o manipular la presión que sobre ellos ejercen las grandes potencias. Ejemplos son, en lo unilateral, la política multivectorial de Kazajstán; la neutralidad turkmena; la pretensión uzbeka de convertirse en el hegemon centroasiático o el intento georgiano, tras la «revolución de las rosas», de involucrar a la comunidad euroatlántica en el objetivo de reintegrar los territorios secesionistas prorrusos de Osetia del Sur y Abjazia. En lo multilateral, agregados como la Comunidad Económica Euroasiática

(CEE) han servido en sus distintos avatares para que potencias regionales medias, como el propio Kazajstán o en su momento Bielarrús, pretendieran desempeñar un cierto papel de liderazgo en la zona.

–Las *variables orientadas hacia Eurasia Occidental* en cualquiera de sus tres principales alternativas más arriba examinadas: angloamericana, eurocontinental y europea-supranacional. Aunque las tres alternativas compiten entre sí y mantienen una aproximación distinta hacia Moscú, su denominador común es el propósito de evitar que triunfe en su plenitud el modelo de Eurasia Interior rusocéntrica. Puede afirmarse que todos los estados de Eurasia Interior de una u otra forma, incluyendo a la misma Rusia, están bajo la influencia de políticas, intereses e instrumentos de distinta naturaleza concebidos para favorecer sus respectivas reorientaciones hacia un Occidente, como hemos visto, también en plena mutación.

–*Otras variables alternativas o complementarias*. Sin poder detenernos ahora en ellas, entran en esta categoría proyectos que bien contradicen o bien refuerzan a cualquiera de los anteriores. Así, utilizando lazos étnicos, culturales o religiosos, las repúblicas centroasiáticas son invitadas a participar en una variedad de esquemas y organizaciones extra o suprarregionales de orientación islámica como la Organización de la Conferencia Islámica (asentada sobre la pertenencia a la Umma, o comunidad panislámica) o la Organización de

Cooperación Económica (que intenta coordinar las políticas económicas de las repúblicas centroasiáticas con las de sus vecinos de tradición islámica más próximos: Azerbaidzhán, Pakistán, Afganistán, Irán y Turquía)³⁰. En distinto sentido, Turquía intentó a principios de los noventa utilizar la común herencia turcófona de todas las repúblicas de Asia Central, excepto Tadjikistán, para asentar una influencia preponderante que llegara hasta la misma muralla china (parte de la población del Xinjiang chino, los uigures, también son turcófonos). Por su parte, los Estados Unidos han elaborado el concepto de Gran Asia Central, con el que intentan unir la suerte de las cinco repúblicas centroasiáticas con el Asia Meridional, alejándolas de las influencias rusa y china. De hecho, si las divisiones burocráticas son una guía, baste recordar que en fecha no lejana el Departamento de Estado desgajó Asia Central del Departamento de Europa y Eurasia y situó la región en un nuevo Departamento de Asia Meridional y Asia Central (Rumer, 2006)³¹.

China y Eurasia oriental

Nuestro estudio de Eurasia estaría incompleto sin una referencia, siquiera breve por razón de espacio, a su extremo oriental y al ascenso de China en el mismo. Otros ponentes tendrán ocasión de tratar este ámbito con mayor conocimiento. Me limitaré a mencionar que, como afirma el analista chino Lanxin Xiang, China es parte integral del emergente paisaje euroasiático que hemos intentado describir en estas páginas (Lanxin, 2004). Gracias a su afirmación geopolítica y a su inserción, con características propias, en el proceso de globalización, China está convirtiéndose en una gran potencia emergente no ya sólo regional, sino, progresivamente, a escala mundial. Esta senda gradual pasa por Eurasia, donde Pekín está construyendo a su propio ritmo vínculos con los actores estatales y supranacionales más relevantes, sin olvidar el carácter privilegiado que concede a su relación con los Estados Unidos a pesar de sus conocidas divergencias.

Pero China es sólo un ejemplo, aunque el más llamativo en nuestros días, de la importancia de Asia Oriental en Eurasia. Acostumbrados en nuestra mentalidad eurocéntrica a tratar Asia como radical otredad, ya sea envuelta en un casi espiritual aislamiento o como mero sujeto pasivo de la expansión occidental hasta su reciente resurgir —causado, se da por supuesto, por su forzada inserción en una modernidad ajena e impuesta— todavía nos cuesta acostumbrarnos a considerar Asia

³⁰ En otro orden, cabría mencionar el proyecto de creación de un Califato centroasiático por parte de grupos islámicos extremistas que carecen todavía de base estatal en la región.

³¹ Puede que los estrategas estadounidenses no hayan percibido, o quizá sí, que con su proyecto de Gran Asia Central están contribuyendo a la «deseuropeización» de una región que, en gran parte gracias a la influencia rusa y soviética, llevaba varios siglos mirando hacia Occidente.

Oriental como uno de los polos de una misma continuidad euroasiática. Y sin embargo, esta última es la realidad no solo geográfica o geopolítica, sino también histórica. No hace falta remontarnos a los orígenes de la Ruta de la Seda; a la fascinante presencia helenística hasta los confines de Afganistán o a las relaciones de China o la India, en sus sucesivos y múltiples avatares, con el Imperio romano o con los pueblos de Asia Central. En fecha mucho más reciente, de hecho, desde el fin de la Unión Soviética, países extremo-orientales como China o India, pero también Japón con su «Diplomacia de la Ruta de la Seda» o Corea del Sur a través de la diáspora coreana y de la atracción que despierta su modelo de desarrollo entre los regímenes centroasiáticos, han elaborado y puesto en práctica estrategias muy activas de penetración en el espacio euroasiático, privilegiando en las mismas a Eurasia interior (Uradyn, 2007). Como era de esperar, ese activismo no ha pasado desapercibido en los centros de análisis y decisión donde con mayor seriedad se toman la emergencia de Eurasia. Así, en su intento de mantener bajo cierto control el ascenso chino, los estrategas anglosajones, a través de todas sus terminales de influencia, comenzando por sus medios de comunicación de alcance global —con la CNN y la BBC a la cabeza— se han lanzado a una deliberada política de presentar el incipiente éxito de la democrática India en la globalización como modelo alternativo a la vía «autocrática» china. Hemos menciona-

do también el intento por parte de los mismos centros de poder atlánticos por desgajar Asia Central de la influencia de Pekín, y de Moscú, a través de su reorientación hacia el Asia Meridional. Asimismo, hemos visto los intentos de las potencias eurocontinentales durante los prolegómenos de la guerra de Iraq para atraerse a China hacia un frente antiestadounidense; el proyecto por parte de Bruselas de establecer un entendimiento privilegiado con Pekín; o el embrión de un binomio Moscú-Pekín con posibilidades de derivar hacia un condominio ruso-chino en Asia Central usando canales multinacionales como la OSC. En suma, las grandes capitales en Eurasia Occidental, Interior y Oriental que cuentan con un sentido estratégico global ya introducen la variable extremo-oriental en sus cálculos a la hora de pensar la totalidad del macrocontinente.

CONSIDERACIONES FINALES: ESPAÑA Y LA EMERGENCIA DE EURASIA

En el presente ensayo hemos pretendido esbozar un mapa conceptual de la Eurasia emergente. Para ello, hemos procedido a identificar primero a sus principales actores, agrupándolos en subsistemas susceptibles de ser estudiados en tres niveles de análisis complementarios: endoestructura, mesoestructura y exoestructura. A continuación, hemos ofrecido una panorámica de las dinámicas que atraviesan el

espacio euroasiático en cada una de sus principales partes constitutivas: Eurasia Occidental, Interior y Oriental. Como hemos visto, esas dinámicas no son causadas por fuerzas impersonales, sino que resultan de la interrelación entre los distintos proyectos de ordenación de Eurasia generados por sus principales actores en forma ya sea de potencias clásicas, (re)emergentes o desde el proceso supranacional encarnado en la Unión Europea. ¿Cuál de ellos prevalecerá?, es prematuro decirlo. Pero de momento podemos extraer algunas conclusiones tentativas con implicaciones prácticas para la formulación de la política exterior española.

En primer lugar, como ya supo señalar a finales de los noventa uno de los teóricos clásicos del espacio euroasiático, Zbigniew Brzezinski, *Eurasia está emergiendo como el «macrocontinente axial» en los asuntos globales* (Brzezinski, 1997). No sólo porque alberga el 75% de la población, el 60% del PIB y el 70% de los recursos energéticos del planeta, sino porque en el mismo confluyen los intereses y designios de dominación de las potencias clásicas y emergentes más dinámicas.

En segundo lugar, *la Eurasia emergente es un espacio en mutación* con múltiples variables en juego y futuros posibles.

En tercer lugar, *la emergencia de Eurasia es a la vez causa y efecto* —recuérdense aquí los muy orientales y «juguianos» conceptos de sincronidad y causalidad circular— *de tendencias más amplias*. Hemos mencionado dos que

nos afectan directamente por nuestro emplazamiento histórico y geopolítico: *la crisis de Occidente y la crisis del proceso de integración europea* tal y como hasta ahora habían sido concebidos.

Ahora bien, cuando, al inicio del presente ensayo, afirmábamos que como resultado de esas dos crisis Europa había devenido de solución en problema no queríamos con ello implicar que debiéramos desentendernos de nuestro ámbito natural de acción y de nuestra vocación europeos. Al contrario, al resaltar la nueva naturaleza problemática de Europa y ampliar el campo de mirada cuando se trata de buscar las causas de su crisis más allá de las rutinariamente aludidas por los analistas apegados a los caminos trillados, nuestro propósito es otro. En esencia, pretendemos contribuir a variar la actitud que hasta ahora ha prevalecido en determinados medios de decisión e intelectuales españoles, demasiado proclives, podría pensarse, a considerar Europa como un ámbito en el que otros deciden y al que nuestro país habría de adaptarse pasivamente, salvo cuando intereses nacionales vitales están en juego. Puede que esa actitud diera buenos resultados en su momento, pero ya no es sostenible. *Europa, tal y como la seguimos concibiendo por inercia, ya no nos es dada*. Elevando la vista más allá de nuestra inmediatez hemos de admitir, por inaceptable que pueda parecer a algunos, que la Unión Europea es tan sólo uno más de los proyectos que compiten por prevalecer en la configuración de Eurasia y en

modo alguno podemos dar por sentado que sea el que termine triunfando. De ahí la necesidad, si queremos seguir apostando por la integración europea, de tomar conciencia de esta nueva realidad y aceptar el reto planteado por la emergencia de Eurasia.

BIBLIOGRAFÍA

- Belton, Catherine, Daniel Dombay y Quentin Peel (2007), «Pipeline to tighten Russian grip on Energy», *Financial Times*, 21 de mayo de 2007.
- Bennet, James C. (2004), *The Anglosphere Challenge. Why the English Speaking Nations Will Lead the Way in the Twenty-First Century*, Rowman & Littlefield Publishers, Maryland.
- Berman, Ilan (2004-2005), «The new Battleground: Central Asia and the Caucasus», *The Washington Quarterly*, Winter 2004-2005, pp. 59-69.
- Bollmann, Yvonne (2003), *Ce que vent l'Allemagne*, Bartillat, Paris.
- Bonet, Pilar (2007), «Rusia-UE. Cumbre de artificios», *El País*, 17 de mayo de 2007.
- Brill Olcott, Martha (2004), *The Energy Dimension in Russian Global Strategy*, The James A. Baker III Institute for Public Policy of Rice University.
- Brzezinski, Zbigniew (1997), «A Geostrategy for Eurasia», *Foreign Affairs*, n° 76:5, pp. 50-64.
- Bunge, Mario (2004), *Emergencia y convergencia. Novedad cualitativa y unidad del conocimiento*, Editorial Gedisa, Barcelona.
- . (2007), *A la caza de la realidad. La controversia sobre el realismo*, Editorial Gedisa, Barcelona.
- Cohen, Ariel (2006), «US Interests and Central Asia Energy Security». Backgrounder, n° 1984, The Heritage Foundation, <http://www.heritage.org/Research/RussiaandEurasia/upload/bg_1984.pdf>.
- Cooper, Robert (2003), *The Breaking of Nations. Order and Chaos in the Twenty First Century*, Atlantic Books, Londres.
- Coudurier, Hubert (1998), *Le monde selon Chirac. Les coulisses de la diplomatie française*, Calman- Lévy, Paris.
- Christian, David (1998), *A History of Russia, Central Asia and Mongolia, Volume 1: Inner Eurasia from Prehistory to the Mongol Empire*, Blackwell Publishers, Malden, Massachusetts.
- Duroselle, Jean- Baptiste (1993), *Histoire diplomatique de 1919 à nos jours*, Éditions Dalloz, Paris.
- Encel, Frédéric y Olivier Guez (2003), *La Grande Alliance. De la Tchétchenie a l'Irak: un nouvel ordre mondial*, Éditions Flammarion, Paris.
- Fernández Sola, Natividad (2007), «La Unión Europea en el Cáucaso Sur y Asia Central: las limitaciones de la política de vecindad», *ARI* n° 43:2007, Real Instituto Elcano.
- Friedman, George (2007), «Russia's Great-Power Strategy», *Stratfor*, 14 de febrero de 2007.
- Garton Ash, Timothy (2004), *Free World*, Penguin / Allen Lane, Londres.
- Gosset, David (2005), «China, Estados Unidos y la Unión Europea», *Política Exterior*, n° 107, pp.83-96.
- Huntington, Samuel P. (2004), *Who are We? The Challenges to America's National Identity*, Simon & Schuster, Nueva York.
- Ieda, Osamu (2004), «Regional Identities and Meso-Mega Area Dynamics in Slavic Eurasia: Focused on Eastern Europe», ponencia presentada en el simposio *Emerging Meso-Areas in the Former Socialist Countries*, Sapporo (Japón), 28 a 31 de enero de 2004.
- Iñiguez, Diego (2007), «Hacia un Asociación Económica Transatlántica», *DI* n° 22:2007, Real Instituto Elcano.
- Kapuscinski, Ryszard (1994), *Imperium*, Vintage, Nueva York.
- Lanxin Xiang (2004), «China and the Emerging Euro-Asian Strategic Landscape»,

- Academia Sinica Europaea, <<http://www.ccibs.edu/ase/Documents/china-europeForum/lanxin.htm>>.
- Martínez Carreras, José U (1991), *El mundo árabe e Israel*, Ediciones Istmo, Madrid.
- Martínez Montes, Luis Francisco (2004), «La política exterior de los Estados Unidos: continuidad y cambio», *Tiempo de Paz*, n° 73, pp. 72-83.
- . (2007), «España, Eurasia y el nuevo teatro del mundo», *Documentos CIDOB Serie Asia*, n° 15, CIDOB edicions, Barcelona.
- McGuire, Stryker (2007), «Europe's Iron Lady», *Newsweek* (14-24 mayo, 2007)
- Rumer, Eugene (2006), «Eurasia. A New World Order?», *Carnegie Reporter*. Vol. 3, n° 4. <www.carnegie.org/reporter/12/eurasia>.
- engör, A.M.C (1999). «Continental Interiors and cratons: any relations?», *Tectonophysics*, n° 305:1, pp. 1-42.
- Shevtsova, Lilia (2006), «Rusia, un nuevo sistema para salvar el antiguo régimen», *Política Exterior*, n° 110, pp.69-88.
- Tarbuk, Edward J. y Frederick K. Lutgens (2000), *Ciencias de la Tierra. Introducción a la Geología física*, Prentice Hall Iberia, Madrid.
- Thies, Jochen (2005), «Crisis y oportunidad para Alemania», *Política Exterior*, n° 106, pp. 91-101.
- Uradyn, E. Bulag (2005), «Where is East Asia?. Central Asia and Inner Asian Perspectives on Regionalism», *Japan Focus*, <<http://www.japanfocus.org/products/topdf/1557>>.
- Viñas, Ángel (2004), *Al servicio de Europa. Innovación y crisis en la Comisión Europea*, Editorial Complutense, Madrid.
- Vitale, Alessandro (2007), «The EU wants to build an energy strategy in the Caspian region», *Caucas Europeans*, 9 de enero de 2007, <http://www.caucas.com/home_eng/breve_contenu.php?id=293>.
- Zeihan, Peter (2005), «The Rise, Fall and Rise of the Reich», *Stratfor*, 3 de febrero de 2005.
- Zepp-LaRouche, Helga (2005), «Germany Needs a Vision for Eurasian Development», *Executive Intelligence Review*, n° 32:28, <www.larouche.com/hzl/2005/3228berlin_seminar.html>.